

Irene Martínez
La memoria del corazón

—Shhhh...no se lo cuente a nadie. A partir de ahora, para usted, he decidido ser la Sra. Douglas.

Nací en el seno de una familia de exiliados. Por culpa de una idea, la mía se vio condicionada y viví en un escenario de falsedad, hipocresía y oportunismo. Tiempos de sombras y luces que abrigaron en mí la necesidad de superar la mediocridad en la que había crecido. Me propuse destacar y en mi entorno era fácil, si me comparaba con los niños de mi escalera, del barrio o de la villa en la que crecí. Eso no era suficiente, albergaba la idea de ir a la gran ciudad y poder convivir con personas que me aportasen y me reconociesen como parte de su entorno.

En el colegio destacaba en el terreno de las matemáticas, la historia y el dibujo. Siempre tuve un trazo firme. Me gustaba pintar sentada en el suelo. Abrazaba mi pequeño block, el carboncillo y la caja metálica de lápices de colores que había ganado en un concurso. Caminaba hasta el roble y a sus pies recordaba los rasgos de las personas a las que más quería.

Los ojos vidriosos y nebulosos de la abuela Emilia. Surcos en su piel que permitían trazar sombras con el carboncillo, un cuello flácido que había perdido la tersura y se había descolgado con los años. Me llamaban la atención sus orejas, decoradas con un gran lóbulo perforado, y la nariz. Sentidos que habían mutado a lo grande y se habían masculinizado. Encorvada y perfilando una leve sonrisa, que se engrandecía al verme con una mueca que hacía chispear sus ojos que recobraban el brillo de antaño. Siempre vestía de negro. A primera hora de la mañana y de la tarde se sentaba bajo la higuera en una silla de enea, se cubría las piernas con un trozo de tela impoluto en el que envolvía su labor. Era muy habilidosa con las manos; la aguja de ganchillo bailaba de un lado para otro hasta obtener una pieza que, más tarde, engarzaba con otra hasta completar su obra. Olía a campo; siempre llevaba su pastilla de jabón en el bolsillo del mandil envuelto en un pañuelo, decorado de múltiples y perfumadas manchas. He de confesar que esta costumbre la he heredado. El jabón que uso es de fabricación casera. La receta la aprendí con mi madre, que aprovechaba hasta el último suspiro del día. Me gusta mezclarlo con flores silvestres de lavanda, romero y tomillo.

Mi abuelo olía a hierbabuena. Unos ojos color aceituna enmarcaban su rostro curtido por el sol. Semblante serio. Sus dientes grandes, bien alineados y muy blancos. Una barba dura siempre bien rasurada. Regordete y bonachón. Una manos rudas, trabajadas por el campo y que sin embargo se suavizaban en la caricia. Hinchido de satisfacción cuando me veía, siempre decía que sería “alguien grande”. Fue mi talismán. Me enseñó a amar la naturaleza, y animaba mi curiosidad con juegos que desarrollaron mi ingenio y el entusiasmo por saber, aprender y aprovechar las oportunidades que me asaltaban en el camino. Palabras, gestos y hechos honorables. Un espejo en el que mirarme y valores siempre presentes en mi vida. Miguel se parece a él, aunque tiene los ojos de la abuela. Siempre recordaré cómo me curaba las anginas, un abrazo de energía que traspasaba mi espalda, me provocaba una arcada y, cómo por arte de magia, las anginas desaparecían. Recuerdos entrañables compartidos con él, una infancia inolvidable que me hizo crecer en un ambiente de riqueza espiritual, creatividad y gratitud que han modelado mi personalidad desde entonces.

Me reconforta tenerles vivos en la memoria de mi corazón, en papeles amarillentos que recuerdan una etapa vivida y de los que, a pesar de todo, nunca me he querido desprender.

Hoy es el primero de junio. En mi familia se celebraban mucho los santos. Nos hemos reunido con mi madre para conmemorar la onomástica de mi padre. Con una copa de vino en la mano, brindo a su salud, y garabateo una hoja en blanco. Ojos cerúleos, como los de su madre, un tupé corona su frente, "patillas largas" tipo años sesenta. No le abandona su fiel compañero, un cigarrillo que de forma elegante sujeta y le da un aire intelectual. Siempre bien vestido y elegante, a pesar de llevar un pantalón que brillaba por los eternos planchados para mantener la raya. Camisa de puños y cuellos que mi madre de forma hacendosa ha dado la vuelta. Su señorío y postín no le abandonan. Miguel y yo hemos heredado la sonrisa. Encima de la chimenea tengo una foto en blanco y negro en la que mi padre me tiene sentada en sus piernas, sonrío a la cámara, y yo, con mis pequeñas coletas y un traje azul claro de piqué, sonrío como él. El mismo gesto, el mismo semblante que hace que cuando sonrío me traslade a sus facciones y sea capaz de mirar con sus ojos. Al lado, he puesto una foto de Miguel, disfrazado de soldado, y tiene el mismo gesto. Ahora que lo pienso, debería buscar la foto en la que papá está con la tita Marta y tío Pepe vestido de falangista; quizás la imagen se asemeje mucho más gracias a la vestimenta.

Cada día me sorprende más la sabiduría de la vida y de la naturaleza. La genética, la heredada de los rasgos físicos y, sobre todo, la del comportamiento, gestos, miradas, muecas... Es fascinante recordar la expresión y cercanía vivida con mi padre en los besos de mi hijo. Sus manos son iguales, salvo la mancha amarillenta de nicotina y los anillos que llevaba mi padre. El clásico sello con las iniciales que le regaló mi madre en un aniversario. En ocasiones, me pongo el anillo y lo beso; en ese momento siento desde el corazón y soy capaz de transportarme a mi infancia; huelo a él, no a su colonia, sí a su esencia. Confieso que aún no he sido capaz de hacer un retrato suyo; me duele recordarle y revivir su ausencia.

Mi madre se acerca a la cocina para ayudarme con los preparativos de la cena. Cuando la veo llegar recuerdo la primera vez que la pinté. Era mucho más alta que ahora, morena de pelo ondulado, con una piel ligeramente bronceada por el sol. Sabía como su padre, siempre estaba contenta, canturreaba mientras cocinaba. Fue muy exigente conmigo. Las primeras letras y los números me los presentó ella. Cuadernos de caligrafía y pequeñas cuentas. Empecé a leer en el periódico deportivo que compraba mi padre. Fui al colegio a la edad de siete años y gracias al esfuerzo y tesón de ella, mi "maestra", conocía las cuatro reglas, escribía y leía perfectamente. Ahora su cuerpo es diminuto, encorvado y su espalda está anudada como un sarmiento. Sus ojos están tristes a pesar de que mi pequeño ha hecho que respire nuevamente con ilusión y esperanza.

Un torbellino de nostalgia borbotea en mi mente. Añoranzas de la niñez. No lo entiendo pero, sin proponérmelo, recuerdo cuando salíamos a la calle a jugar. No había, como ahora, juegos de niños y de niñas; todo se compartía, no teníamos nada y éramos muy afortunados. Alimentábamos la imaginación con juegos que inventábamos; hacíamos juguetes con cartones, papel, palos, maderas, piedras; un botón de nácar era un tesoro y nos permitía hacernos una sortija engarzada en un hilo que hábilmente sustraíamos del ovillo de la abuela. Los domingos por la mañana, a la salida de la ermita, poníamos una mesa de madera con un mantel de flores amarillas bordado y una cenefa de encaje blanco. Allí exponíamos nuestras filigranas, y yo también compartía mis bocetos. Don Enrique, el párroco, me animó a pintar una Inmaculada. Hablé con uno de los feligreses que donó un lienzo, pinceles, aguarrás, aceite de linaza y unos maravillosos tubos de óleo cuya fragancia me transportaba a otra realidad. Fue todo un reto. Mis manos fueron guiadas de forma divina y el resultado fue sorprendente. La imagen aún sigue colgada a la derecha del altar frente al confesionario. La pintura se ha resquebrajado un poco, pero la emoción que siento al verla hace que me precipite al vacío; me siento pequeña y abrazo las

ausencias de los seres que me han ido abandonando. Mis cicatrices no son visibles. Avanzo siguiendo las huellas y creencias que marcaron mis ancestros.

Retorno a la cocina, ensimismada y ausente. Me pongo a llorar, por ellos, y ahora por mí. Recuerdos alegres, tristes e irritantes que me han modelado y me han permitido sobrevivir intentando pasar por el tamiz del agradecimiento el camino recorrido.

Dejo escapar un suspiro de alivio, alzo mi copa, miro los ojos de mi padre y brindo por la vida.